

de paciencia, hacer mis apuntes en el carnet.

Está atendiendo con esa cortesía y educación peculiar en él, con sus gafas como un psiquiatra, a una señorita, ofreciéndole unas preciosas alpargatas, de esas de colores, que son tan bonitas si el pie y la pierna —sin «pankelin»— responden a ello.

He dejado interrumpida la consabida pregunta, para hablar del tiempo, de las subsistencias, de las fiestas mayores y soportar la sonrisilla burlona de las clientes —«¡Esos músicos!»—, correspondiendo nosotros también, como inocente excusa, con una ingenua sonrisa, para salir del paso y quedar bien. Pero la simpática cliente de turno nos deja aturridos y, sin pedir permiso a Vicens ni a mí, nos pregunta, señalándonos con el dedo y con aire fiscalizador:

—¿A quién prefieren más: a Louis Armstrong o a Harry James?

—Señorita, yo...

—Pues yo prefiero a Armstrong, por el sentimentalismo en sus interpretaciones. Harry James lo encuentro afeinado y demasiado técnico. Es mi criterio. ¡Buenas noches!...

¡Caramba! Nos ha dejado patitiosos. Para que Vds. se fien. ¿No será ésta alguna «viuda del jazz» o una enamorada del sistema Nueva-Orleans?

Salido, pues, de mi asombro, continúo divagando y haciendo jeroglíficos, mientras mi interlocutor atiende a una señora entrada en años. Se me hace difícil que conteste a mis preguntas y estoy pensando que tal vez podría presentarme como presunto cliente. Unos agujeritos del guardapolvo de Vicens, color de tierra, me sonríen irónicamente...

te... Pero no he venido para divagar, ni para jeroglíficos. El tiempo pasa y es la hora de la cena. Y con el deseo de terminar lo más pronto posible pregunto a Vicens:

—¿Que opina Vd. de la música de jazz?

—¿Y eso qué es?

—Pues mire, señora —contesto un poco violento—, una especie de D. D. T. para matar toda clase de insectos!...

—¡Santo cielo, como está el jovencito!.. —refunfuña la señora, mientras da sus buenas noches y marcha sin pagar.

* * *

—Y tú, ¿qué opinas de la música de jazz, «Gene»?

—Hombre, mi opinión es *personal e intransferible*. A Vd. le corresponde. Mis lectores se lo agradecerán.

—Es tan limitada la pregunta, que simplemente te diré: la encuentro excelente.

—¿Nada más? ¿Con nueve letras termina su opinión?

—No es necesaria ninguna más. Con decir excelente ya digo bastante.

—Bien. ¿Pero Vd. cree que se irá perfeccionando?

—Lo veo un poco difícil y lo que pasa es que no hemos purificado la manera de interpretar. Existen muchos elementos que acoplados podrían competir con algunas orquestas americanas. Faltaría el verdadero *swing*, cosa propia de ellos, pero sí que —y estoy hablando en términos generales—, lograríamos ponernos en un más alto nivel que ahora no estamos.

—¿Y el público? ¿Está educado para esta clase de música?

—En absoluto. Nunca sabemos lo